

AURORAS y TEMPESTADES REPUBLICANAS

HISTORIA DE UNA FAMILIA REPUBLICANA

BAJO LAS GARRAS

DEL DESPOTISMO

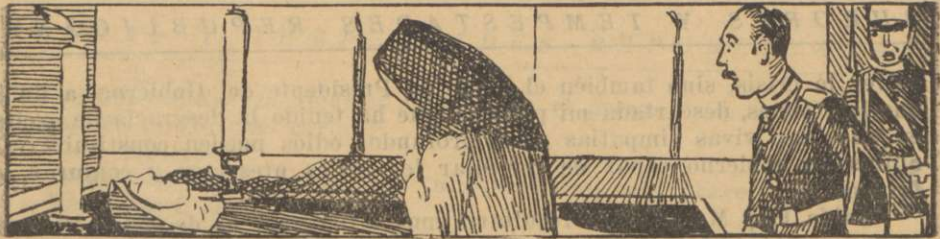


ANUNCIOS Y TEMPORALIDADES
REPUBLICANAS

AVILA DE LA RIVERA, P. R.

1900

DEL PERIÓDICO



CAPITULO XIII

MAS ALLA DE LA VIDA

I: EL EMISARIO.—II: ENEMIGO IMPLACABLE.—III: EXTRAÑO HALLAZGO:
IV: MACABRA SOLUCION.

I

EL EMISARIO

Con un ritmo fatalmente acelerado, empujados los acontecimientos por un vendaval de prematuras ambiciones, envenenado por el deseo bastardo de los oportunistas, iba la joven República española despeñándose por los acantilados de rudas y sistemáticas oposiciones que de hecho hacían imposible una progresiva labor estabilizadora.

Luchaba Pi y Margall denodadamente, sin que su esfuerzo produjera, combatido por todas las incomprensiones y todas las pasiones rastreras, el resultado práctico preconizado por el venerable y justamente venerado apóstol de las libertades españolas.

Rápidamente íbanse agotando todos los recursos de gobierno.

Aumentaba la terrible hoguera de la guerra civil, crecía el cantonalismo y la desmoralización en las filas del ejército cundía haciendo más imposible cada día, cada minuto, la implantación de una normalidad constructiva.

Ni siquiera la dictadura, que Pi y Margall aceptó con indudable repugnancia, pudo contener la tempestad asoladora que desencadenábase sobre España fundiendo en el desorden todos los valores democráticos y toda la libertad soñada y rota a partir del momento de su romántica implantación.

El apóstol, convencido de que no bastaban sus fuerzas para deshacer el huracán demoledor de la demagogia insensata, cerró los ojos un instante y, lejos de la pública hecatombe, advirtió su propia responsabilidad de hombre de gobierno.

Consideró inmediato el terrible fracaso definitivo, y entonces, agobiado por la realidad que anulaba tantos sueños y tantas ilusiones de grandeza, destrozada por los que no supieron concebirla, trazó en su mensaje a las Cortes las siguientes palabras:

“Poco afortunado para llevar a cabo mi pensamiento, que después de todo, puede ser desacertado; blanco en las mismas Cortes no ya de censuras, sino de ultrajes y de calumnias. Temeroso de que por querer sostenerme en mi puesto se me atribuya una ambición que nunca he sentido y se comprometiera tal vez la causa de la República, renuncio no sólo la autorización de re-

solver la crisis, sino también el cargo de Presidente del Gobierno, a fin de que las Cortes, descartada mi persona, que ha tenido la desgracia de excitar en ellas tan vivas simpatías como profundos odios pueden constituir tranquilas un gobierno capaz de remediar los males presentes y conjurar los futuros”.

Sabía Pi y Margall que resultaría muy difícil, por no decir imposible, el cumplimiento de tal deseo expresado en las últimas palabras del que había de ser su histórico mensaje a las Cortes republicanas, pero sometíase a la fórmula en la definitiva renunciación al triunfo de todos sus ideales. Trémulo había trazado su firma al pie del referido documento, que había de significar un nuevo tropiezo, un nuevo paréntesis de incertidumbre y de angustiosa inquietud para los hombres de la primera República española.

—¡Mañana todo habrá terminado! —pensaba el apóstol mientras la espaciosa y pálida frente hundíase entre las manos abiertas.

Apenas había terminado tan amarga reflexión cuando levemente llamaron en la entornada puerta del despacho ocupado por don Francisco en el viejo palacio de la presidencia, y un segundo después, en el umbral de la estancia aparecía José Muro, ministro de Estado con Pi y Margall.

Era visible su agitación y en sus labios saltaba la noticia motivo de su visita al presidente dimisionario.

Este, advirtiendo la inquietud del recién llegado, pero dispuesto a situarse lo más lejos posible de cuantos acontecimientos pudieran producirse, a partir de aquel instante, interrogó sin demostrar demasiado interés:

—¿Qué sucede?

—¡Acabamos de averiguar que Sor Patrocinio se halla en España!

—¡Imposible!

—¡Cierto!... Sin duda alguna.

—¡Pruebas!

—Hace nada más que unas horas ha sido detenido en lugar próximo a Guadalajara, un emisario de Nocedal con varias cartas dirigidas a la monja.

El presidente, vencidos sus propósitos de alejamiento absoluto por la gravedad de la noticia, habíase alzado del sillón, rodeó la mesa que le separaba de su compañero de gabinete y exclamó después:

—Necesito esas cartas.

—Aquí están. Son éstas.

Y Muro, a tiempo que hablaba puso en manos de Pi y Margall la correspondencia interceptada.

Le bastó al apóstol del federalismo una rápida lectura para comprender toda la importancia de aquellos escritos.

Con lentitud producida por su intensa preocupación, dejó las cartas sobre la mesa y pronunció luego:

—He de ver a ese hombre.

—Detenido espera en el antedespacho.

Y Muro adelantóse a la campanilla para dar la orden, pero don Francisco se opuso rápido.

—No. Le agradeceré que avise usted personalmente. En estos asuntos no debe intervenir mucha gente.

El ministro aceptó el consejo y dirigióse a la puerta de la estancia. Un minuto más tarde aparecía ante Pi y Margall, un sujeto al parecer campesino; llevaba las muñecas esposadas y en los ojos advertíase la contenida rabia que su detención le había producido.

El presidente avanzó algunos pasos hacia el preso.

—¿Quién te dió esas cartas?

—No lo recuerdo.

—¡Responde!... Te advierto que tu situación es muy grave.

—Más lo será si hablo.

—He dicho que respondas y estoy dispuesto a obligarte.

—Indefenso estoy, por lo tanto...

Don Francisco, sin replicar una sola palabra le quito las esposas.

Acaso se jugaba la vida, pero su nobleza le obligaba a proceder de aquel modo.

—Ahora puedes hablar.

El preso estaba como aturdido ante aquella prueba de serena valentía. Hubiese podido agredir al presidente, bastándole un puñetazo para derribarle, pero el valor frío, el velo mudo y enérgico en su mutismo, le había dominado. Cobarde pensó el emisario solamente en la fuga. Muro guardaba la puerta de la estancia.

El campesino carlista no lo pensó mucho. Rápido giró sobre sí mismo y dirigiéndose a uno de los balcones, antes que pudieran detenerlo, destrozó el cristal y saltó resuelto sobre la balaustrada. Un segundo más tarde alzóbase con extraordinaria ligereza y en desenfundada carrera huyó calle de Alcalá abajo hacia el Prado. Las balas de sus perseguidores silbaban sobre su cabeza. Segundos después había desaparecido.

II

ENEMIGO IMPLACABLE

—¡Madre abadesa!

La exclamación había partido de los trémulos labios de la marquesa de Sierraplata, que avanzaba hacia Sor Patrocinio, extendidos los brazos y en las pupilas una expresión de súplica.

El posible martirio de que Carmen estaba amenazada hizole olvidar sus verdaderos intereses. Jamás había pensado en aquella escena y hubiese querido evitarla a toda costa.

Sor Patrocinio había vuelto el severo rostro, cuajado en expresión de resuelta inflexibilidad, hacia la marquesa y replicó breve:

—¡Es necesario! En su mano tiene el remedio si quiera evitar el castigo.

—¡Un poco de compasión, madre abadesa! Yo la convenceré y acaso me lo confiese a mí...

—¿A usted? Sobran los trámites. Es preciso que hable y hablará.

Carmen, que casi totalmente desnuda había retrocedido hasta el fondo de la celda, replicó enérgica, no obstnate su situación comprometida:

—¡Nunca! Eso no lo sabrá usted nunca. Adivínelo si puede. ¡Será un milagro más!

Sor Patrocinio había comprendido la ironía. Mordióse los labios y apartando enérgica, despóticamente, a la de Sierraplata, ordenó con un gesto a las dos religiosas que actuaban de verdugos.

Las terribles disciplinas azotaron la blanca y suave piel de la prisionera maculada un instante después por las huellas moradas y rojas de los golpes.

Carmen, desesperada, loca por el dolor, avanzó hacia la cerrada puerta

de la celda. Las monjas la persiguieron rabiosas, enardecidas por las voces de Sor Patrocinio.

—¡Más! ¡Hasta que confiese!

Resucitaba el espíritu inquisitorial de Pedro de Arbués, encarnando en la terrible monja milagrera.

La de Sierraplata, escondido el rostro entre las manos, dominada por el terror, habíase retirado a uno de los oscuros ángulos de la celda.

Alzó las pupilas un instante para mirar a la víctima, para horrorizarse de su propia obra y lo hizo a tiempo de advertir como el bello cuerpo de la muchacha, mancillado dolorosamente por las huellas moradas del martirio, desplomábase sobre el oscuro pavimento.

Las monjas que actuaban de verdugos quedaron con las disciplinas en alto. Acaso pensaron que la prisionera había muerto bajo la rudeza de los golpes.

Sor Patrocinio avanzó unos pasos hacia la derribada, pero antes que pudiera inclinarse sobre ella, en la puerta del reducido aposento resonaron apremiantes algunas voces.

—¡Abra, madre abadesa! Abra sin perder un instante!

Sor Patrocinio obedeció, después de empujar rudamente el cuerpo de su víctima.

Dos monjas palidísimas, revelando en su rostro una profunda inquietud, aparecieron en el umbral.

—¿Qué sucede?

—¡Pronto, madre abadesa!

—Pero...

—Es preciso que huya inmediatamente.

—¿Por qué?

—El enviado del padre Nozaleda fué detenido hace algunas horas. **Lo** gró fugarse después de haberle sido arrebatada la correspondencia. En **Ma** drid saben que vuestra reverencia se halla en el convento.

Ni las monjas que llegaron a dar la desagradable noticia ni la misma **Sor** Patrocinio pensaron en tales momentos en la marquesa de Sierraplata, que, recogida en el obscuro rincón de la celda escuchó y vió cuanto sucedía.

La monja milagrera salió rápidamente de la estancia y por sí misma cerró la puerta con dos vueltas de llave.

En aquel instante la marquesa de Sierraplata avanzaba cautelosa hasta el orificio de la cerradura. Desde allí pudo ver y escuchar aún a **Sor** Patrocinio.

Esta habíase detenido y daba a las religiosas sus últimas órdenes.

—Sin duda procederán a un minucioso registro...

—La clausura...—se atrevió a iniciar una de las religiosas.

—¡Bastante representa la clausura para esa gentuza!

—¡Ay, Dios mío!

—No se apure. Si no logran encontrarme nada sucederá. Sólo quería decirles que sobre todo eviten que logren abrir la puerta de esta celda. **Es** preciso que esa mujer pase desapercibida para todos.

—¡Muy difícil será, madre abadesa!

—Difícil o no es preciso conseguirlo.

—¿Y si pretenden?...

—Antes que puedan hallarla viva...

—¡Jesús!

—¡Basta! Nos conviene a todas que esa desdichada no pueda referir detalles inoportunos.

La de Sierraplata escuchaba sin perder una sola palabra de Sor Patrocinio. La monja milagrera no habló más y la enviada del padre Amador escuchó como sus pasos lev esalejábanse presurosos de la cerrada puerta de la celda.

La de Sierra plata quedó aturdida algunos instantes. Encerrada estaba con su víctima y expuesta quién sabe a qué tremendos peligros.

Retrocedió y, desalentada, a sentarse fué en un viejo taburete.

Poco después escuchaba el rumor lejano de un carruaje que abandonaba el convento a toda velocidad.

Sor Patrocinio regresaba a su destino antes de que el Gobierno de la República pudiera detenerla.

III

EXTRAÑO HALLAZGO

Preciso fué que pasara cerca de una hora para que la de Sierraplata pudiera reponerse un tanto de la emoción sufrida.

—Necesito salir de aquí inmediatamente—imaginaba—. Abandonar el convento, pero... ¿cómo conseguirlo?... ¿Cómo avisar a los que me trajeron? Además, y admitiendo el caso de que pudiera realizarlo, no sería prudente... ¡Podrían venderme!... ¿Escapar sola? ¡Imposible! Me desplomaré rendida antes de llegar a Madrid y quién sabe si me sorprenderían en el camino.

El temor de un fusilamiento la hizo palidecer. Luego reanudó sus angustiosas reflexiones.

—Si me quedo aquí... será muy difícil escapar al registro si por desgracia lo realizan...

Lentamente alzóse del tosco asiento y acercóse a Carmen. La enamorada de Pedro estaba inmóvil. La negra y abundante cabellera casi tapaba sus hombros desnudos y en los labios palidísimos había un gesto de supremo dolor. Entonces sintió la marquesa todo el remordimiento de su intriga. Entonces, cuando ya todo era irremediable.

Posó su mano derecha sobre la frente de Carmen y, aterrada, la retiró inmediatamente.

—¡Está fría!... ¿Acaso muerta?

El espanto la hizo alzarse y retroceder.

En aquel instante resonaron fuera algunas voces autoritarias. Distinguió claramente el ruido que producían algunos sables al ser arrastrados sobre el piso de la clausura.

El piquete encargado de detener a Sor Patrocinio había llegado al convento, comenzando el registro.

—¡Dios mío!—murmuró aterrada la de Sierraplata.

Loca por el miedo, derramó sus miradas por la celda.

—¡No hay solución! ¡No hay salvación posible!—repetíase angustiada.

Súbitamente detuviéronse sus pupilas en algunos objetos amontonados en uno de los ángulos de la estancia. Interesada se acercó. Pronto reconoció de lo que se trataba y el afán de salvarse le dió ánimos para alzar entre sus manos parte del hallazgo.

Era ello algunos hábitos doblados junto a un paño de terciopelo negro. Junto a tales prendas descubrió varios cirios y cuatro candelabros.

La viva imaginación de la prisionera, azuzada por el terror, halló inmediatamente la solución que buscaba.

Rápida, con insospechadas energías, extendió el paño fúnebre sobre el pavimento de la celda. Tomó luego uno de los hábitos, y aunque con mucha dificultad, logró vestir con él el cuerpo exánime de Carmen. Hecho esto, trasladó a su víctima hasta dejarla sobre el terciopelo extendido.

Habíale quitado a la muchacha los pobres zapatos y los pies diminutos lucieron en las tinieblas como dos lirios que destacaran su pálida blancura.

La de Sierraplata no había terminado.

Sin que un instante la dominara el desaliento, vistióse otro de los sudarios, pues de tales hacían los hábitos hallados en la celda, y acabó su disfraz colocando sobre su cabeza una toca arrugada y amarilla, pero que vino a servir el angustioso interés de la marquesa, ocultando su rostro casi completamente.

Faltaba el último detalle. Fuera resonaban las voces militares y el momento de mayor angustia se acercaba.

Colocó de modo conveniente los cuatro candelabros y encendió los cirios que dieron al reducido recinto una leve, tétrica e impresionante iluminación.

El oficial que mandaba el piquete enviado al convento habíase detenido junto a la cerra puerta de la celda.

La de Sierraplata escuchó perfectamente sus palabras:

—¡Es preciso abrir esta celda, señora!—decíale a la monja que, en funciones de superiora, habíale acompañado en el registro.

—¡Nada conseguirán con abrirla!—replicó la religiosa.

—Sin embargo, yo he recibo unas órdenes que he de cumplir a toda costa.

—Ya realizó el registro.

—Falta esta habitación.

—¿Todavía no se ha convencido de que han sido engañados?

—No estamos para perder el tiempo, señora. Le ruego que me obedezca o entraremos violentamente.

—¡Acaso se arrepienta si lo hace!

—¡Bah!—replicó el militar—. Nunca puede uno arrepentirse de haber cumplido un deber. ¡Traiga la llave!

—¡No puede ser!

—¡Será usted detenida!

—Injustamente. La llave de esta celda extravióse hace mucho tiempo y por ello, aunque quisiera, no podría complacerle.

—¡Basta! ¡Entraremos de cualquier modo!

A un gesto del oficial dos soldados descargaron sendos golpes sobre la sencilla puerta de la celda.

La superiora, retrocedió aterrada y la de Sierraplata corrió a hincar sus rodillas junto a Carmen, cuyo rostro estaba pálidamente iluminado por los cirios.

La marquesa inclinó el rostro, afectando hallarse abstraída en la fúnebre oración y ocultó rápida las manos en las bocamangas del hábito para que no fueran descubiertos los valiosos anillos que adornaban sus dedos.

Nuevos golpes resonaron sobre la puerta cerrada. Rechinó sordamente la cerradura y destrozada saltó al fin la primera tabla.

La de Sierraplata pudo contener difícilmente un grito de angustia.

IV

MACABRA SOLUCION

Pasaron muy pocos minutos hasta que la puerta de la celda quedó **de-**
tribada totalmente.

El oficial avanzó el primero, pero apenas atravesó el umbral se **detuvo**.
Un leve grito escapóse de su garganta; la emoción de lo inesperado no pudo
contenerlo.

Aquel grito respondió a la exclamación de profunda sorpresa lanzada **por**
la superiora.

—¡Dios mío!—pronunció enclavijando sus manos.

No dijo más. Una palabra imprudente acaso hubiera revelado el **macabro**
truco de que habíase valido la marquesa.

Esta, arrodillada junto al cuerpo exánime de Carmen, permanecía **inmó-**
vil. Las llamas amarillas de los cirios ahiábanse en el silencio para **des-**
cender luego y renacer a la tristeza infinita del silencio.

El oficial clavó en tierra una de sus rodillas y alzándose rápido, **volvióse**
a sus soldados:

—¡Nada tenemos que hacer aquí!

Algunos de los que formaban el piquete miraban extáticos la **fúnebre**
escena y el oficial hubo de empujarles para que salieran de la estancia.

El sargento, andaluz de pura cepa, rezongó al obedecer la orden:

—“Mardita” sea nuestra estampa... ¡Vaya, que la escenita se las trae!
¡Bien pudo haberse muerto mañana!

—¡Andando!—replicó el oficial, empujándole.

El piquete burlado salió por fin del convento de la Concepción y **minutos**
más tarde emprendía su regreso a Madrid.

Entre tanto la superiora del cenobio había caminado lentamente hacia **la**
marquesa. Extendió sus brazos para tocarla suavemente los hombros, **pero**
la detuvo el miedo, una misteriosa superstición que podía más que su voluntad.

A lo lejos perdíase el rumor de los caballos que galopaban hacia **la ca-**
pital de la República.

La superiora esperó hasta que hizose el silencio absoluto. Cuando esto **su-**
cedió posó una de sus manos sobre los hombros de la de Sierraplata y **ésta**
alzó el rostro palidísimo.

—¡Marquesa!

—Soy yo, Sor María.

—Pero...

—No tuve otro modo más adecuado para...

—Parece milagroso.

—Y puede ser que lo sea, reverenda madre. ¿Quién sino Dios ha **podido**
inspirarme esta idea salvadora?

—¡Cierto! De no hacerlo así la hubieran detenido. El señor vela **siempre**
por la vida y la felicidad de los suyos.

—¡Queda entre nosotras esta pobre mujer!

—¿Confesó?

—Ni una sola palabra. Yo sabía que todo el martirio resultaría **inútil**.

—Pero... ¿Ha muerto?

—Dios no lo quiera. El remordimiento acabaría con mi vida.

—¡Bah!... Acaso señora marquesa, la muerte de esta muchacha sería un bien para todos... incluso para ella. Hemos de convencernos si vive o...

La de Sierra plata interrumpió a la monja mientras retrocedía.

—¡No! ¡Yo no! ¡Yo no me acerco a ella! Temo que esté viva a tiempo que lo deseo con toda mi alma.

—¡Poco valor, señora marquesa!

—¡O mucho remordimiento!... Estuve loca, loca, al traer aquí a esta criatura.

—Guarde silencio. Alguien podría espiar y entonces...

—Obedeceré.

—Tenga en cuenta que la misericordia divina nos ha salvado y que ya nada puede amenazarnos.

—¡Bien!... Pero... ¡Esta mujer!

—Si ha muerto rogaremos a Dios por el reposo de su espíritu.

—¿Y si vive?

—Si vive... no hablará.

—Pero...

—Tranquilizaos. Procuraremos que la paz de la clausura le haga olvidar las tempestades del mundo.

—¡Por caridad, madre abadesa!... ¡Por la tranquilidad de mi alma!...

¡Si vive no vuelvan a martirizarla!

—Para eso... era Sor Patrocinio la que tenía bastante autoridad.

—Perdóneme... Sus palabras... no serán una excusa.

—¡No!... Le prometo que si esta mujer vive se cumplirán los deseos de usted.

—¿Y?...

La de Sierraplata no pudo terminar la frase que había iniciado.

Carmen habíase estremecido y el leve movimiento arrancó a la marquesa un leve grito de angustia.

Retrocedió hasta pegar el cuerpo al muro de la celda. La superiora observaba con perfecta serenidad.

Pasaron algunos segundos de angustiosa incertidumbre. Las pupilas de Sierraplata terriblemente quietas extáticas, clavadas estaban en el cuerpo de Carmen, que había sufrido un nuevo estremecimiento.

Por último la enamorada de Recio abrió los ojos. Lo hizo primero lentamente y luego terminó de abrirlos con rapidez engendrada por el espanto. Su cuerpo se alzó y quedó incorporada entre los cuatro cirios.

Su garganta había dejado escapar un alarido de terror y tanto la superiora como la marquesa retrocedieron al fondo de la estancia. La figura de la prisionera tenía algo de bella aparición y a la vez de terrible fantasma de pesadilla.



CAPITULO XIV

TRAICION Y FALSEDAD

I: ANTIGUO CONOCIDO.—II: FALSA CONFESION.—III: EGOISMO OPORTUNO.
IV: A TODA MARCHA.

I

ANTIGUO CONOCIDO

Volvamos un instante los ojos hacia atrás. Nos reclama el interés de nuestro relato y por obligación imperiosa hemos de obedecerle.

La figura de Andrés, el abnegado amigo de Pedro Recio ha de prender nuestra atención durante breves momentos.

Andrés, hasta llegar al instante en que la suerte de Recio, por su resolución de seguir a los sublevados del cantón murciano, parecía decidida, conservó todas sus energías amparadas en la tensión nerviosa propia de su inquietud. Había salvado la libertad y la vida del perseguido compañero, y ya de regreso a Madrid, donde el interés de Pedro le llevaba para velar de cerca por la suerte de Carmen, cuya desdichada odisea Andrés no podía imaginar, y su propio interés por la vida de la anciana Dolores dábanle ánimos para cubrir el largo trayecto que le separaba de la capital de la República.

—He de caminar—se decía—con bastantes precauciones. Alguien pudo verme en la venta y las delaciones corren como rayos.

En estas y otras reflexiones caminó más de una hora y al cabo de ella experimentó Andrés un absoluto rendimiento.

Verdaderamente hallábase desfallecido. Necesitaba alimentarse y descansar.

Lo primero resultaba difícil o punto menos que imposible en aquellos momentos y para conseguir lo segundo dejóse caer sobre una de las márgenes del camino.

No pensaba dormir, pero mandó la naturaleza sobre su voluntad, el rendimiento físico comenzó a triunfar y en la paz augusta del campo lleno de sombras, Andrés comenzó a entornar los párpados y por fin, después que las ideas comenzaron a desdibujarse en su cerebro acabaron por escapar volando en misteriosa y aérea caravana quién sabe a qué remotos destinos.

Había desaparecido la realidad y comenzó la fantasía, acaso la previsión a enseñorearse del espíritu del obrero.

La imaginación desanduvo el camino que Andrés había cubierto tan apresuradamente y el compañero de Pedro "regresó" a la venta, donde había dejado a su revolucionario compañero. Quería disuadirle de su viaje, hacerle regresar a Madrid. En su sueño Andrés contaba con grandes seguridades para proteger a Recio. Ni la más mínima preocupación le inquietaba acerca de la acusación que pesaba sobre el rebelde.

Andrés vióse, escuchaba sus propias palabras, aconsejando, procurando convencer a Pedro para que le siguiera. Nada pudo conseguir por último y le vió alejarse bajo las primeras luces del día y perderse en la maleza del monte. Y cuando ya Recio estaba a punto de desaparecer, cuando apenas si podía vislumbrar su cabeza arrogante, su gesto de dolor resignado, Andrés vió cómo él mismo retrocedía ante una nueva visión. Era ella la imagen de Carmen, que se abrazaba a su compañero cuando éste, agobiado por un fantasma negro y gigantesco parecía hundirse definitivamente en la tierra. Andrés corrió desesperado para auxiliar a su compañero. Experimentaba un ahogo terrible. La visión trágica se alejaba más a cada momento y aunque su carrera resultaba extraordinaria tenía la íntima sensación de que no lograba adelantar un solo paso. Quiso gritar, pero, asombrado, advirtió que la voz no salía de su garganta.

Angustia cruel, suplicio enorme. Andrés vivía plenamente la trágica pesadilla.

Quiso forzar la marcha, caminar con más velocidad que hasta entonces. Intentó saltar sobre la maleza y entonces... nuestro simpático personaje rodó hasta el centro de la carretera esta vez en plena realidad y con todo el cuerpo dolorido abrió los ojos.

—¡Qué cosas se sueñan!... Y Carmen, que dormirá seguramene en estos momentos sin el menor peligro.

Advirtió que hallábase cerca de Guadalajara. Este descubrimiento, pues así podía calificarse, ya que su preocupación apenas le permitía reconocer el terreno que pisaba, dióle algunas esperanzas.

Clavó sus pupilas en los oscuros edificios que podía descubrir de la próxima población y que se recortaban negros en la noche, bajo el silencio. Súbitamente se animaron sus labios con una sonrisa. Había distinguido una luz que semejava una estrella de sangre que hubiese caído sobre la tierra.

—Si fuera algún albergue—pensó—comería y descansaría hasta mañana. Estoy tan rendido que no podría proseguir el viaje esta noche.

No sin realizar un verdadero esfuerzo logró incorporarse y avanzó hacia el pueblo.

Minutos más tarde llegaba al umbral del mesón, cuya luz había descubierto momentos antes.

Junto al ancho portal y parado en plena carretera advirtió una silla de posta sin caballos.

—Otro—pensó—que hace alto aquí antes de proseguir la marcha. ¡El coche parece de gente principal!...

No podía imaginar Andrés la verdadera causa de que hallárase aquel vehículo allí. De haberla adivinado no hubiera pasado ciertamente junto al coche con tan absoluta indiferencia.

Un momento después penetraba en la sala baja del mesón.

A la derecha advertíase una larga fila de pesebres. Junto a ellos difícilmente podía descubrirse algunos caballos, a la incierta y pálida luz de un farol de aceite que colgaba del centro de la techumbre.

Tres hombres junto al muro contrario y rodeando una tosca madera de pino disputaban y bebían mientras manejaban los arrugados naipes.

Andrés les miró un instante y no supo por qué, pero en aquel segundo de curiosidad insatisfecha experimentó un súbito estremecimiento.

Avanzó hasta el fondo de la sala y allí ocupó un taburete apoyando los codos sobre una mesa próxima que el posadero apresuró a limpiar.

—¿Quiénes son esos?—preguntó levemente Andrés al dueño del mesón.

—Criados de la marquesa de Sierraplata. ¿No la conoce?

—Ni lo deseo. Mientras quede en España una gota de sangre azul no iremos a ninguna parte.

—Se trata de una señora riquísima.

—Y sin duda amiga de don Carlos, ¿no?

—No lo sé, pero... ¡lo supongo!... Es muy religiosa y con frecuencia viene en su carruaje a visitar a las monjas de la Concepción.

—Entonces los que la sirven serán los que se llaman soldados de la fe.

—Así tiene que ser... al menos por lo que dicen.

—¡Canallas!

—Bien hará en callarse. Han bebido mucho y tendríamos alboroto.

—Esté tranquilo. No pienso dejar que me asesinen.

Para Andrés el encuentro no revestía la menor importancia.

El posadero alejóse y minutos más tarde volvía con las viandas que el desfallecido obrero había pedido.

Dentro de su inquietud Andrés daba treguas a su preocupación para satisfacer las exigencias del estómago. Sin que pudiera evitarlo cerrábanse sus ojos y apenas si a sus oídos llegaba el vago rumor de la conversación sostenida por los servidores y cómplices de la marquesa de Sierraplata.

A punto de amanecer y cuando el abnegado amigo de Pedro Recio daba fin a su cena, apareció en el mesón un nuevo personaje a quien Andrés no pudo reconocer en el primer momento.

Vendada traía la cabeza y encorvado el cuerpo y por su actitud cautelosa, de franco recelo, parecía muy interesado en pasar inadvertido.

Andrés había clavado sus pupilas en el recién llegado. Algo le recordaba su rostro, pero el recuerdo era vago como perdido en el mar de sensaciones y de hondas inquietudes que sufría su espíritu.

El desconocido avanzaba sin advertir que contra sus deseos, los criados de la marquesa le miraban interesados, como si quisieran reconocerle.

Como el recién llegado avanzaba hacia la mesa ocupada por Andrés, el obrero, atento al nuevo personaje esperaba que estuviese más próximo, seguro de que entonces podría identificarle.

Tal deseo hubo de cumplirse por caminos muy distintos de los que Andrés imaginaba.

El postillón de la de Sierraplata se alzó súbito, del taburete que ocupaba y gritó al desconocido:

—¡Tomás!

El cómplice del padre Amador, pues no era otro el espionado por el postillón, giró rápidamente el rostro tras un gesto desagradable que revelaba su disgusto.

El criado de la de Sierraplata añadió, avanzando algunos pasos:

—Orgullosa te has vuelto. Ya ni a los amigos quieres saludar.

—A fe que no podía imaginar hallarme con tan simpática compañía.

Tomás, mientras hablaba, habíase acercado a la mesa ocupada por sus

compañeros de facción y al dejarse caer sobre el taburete que le ofrecieron la pálida luz del farol, dióle de lleno en el rostro, y Andrés, que no había separado sus pupilas del sacristanesco personaje, tuvo que reprimir un grito de sorpresa para que la exclamación no le delatara.

—Juraría—pensó—que se trata del obrero que descubrí en la venta antes de despedir a Pedro Recio... ¿Acaso nos han traicionado?

Anhelante hízose todo oídos para no perder una sola palabra de aquella inesperada entrevista.

II

FALSA CONFESION

Chocaron los llenos cubiletes. Corrió el vino sobre la obscura mesa de la taberna y alguno brindó entusiasmado por don Carlos.

Tomás procuraba no quedar mal en la insospechada francachela y simulando que bebía, arrojaba el vino bajo la mesa. Quería conservar toda su serenidad.

A partir del momento en que vió a Recio alejarse camino de Cartagena, el miedo a que su vida peligrara en un nuevo encuentro con nuestro protagonista hízole desistir del pensamiento de seguirle, propósito que adoptó en el primer momento.

—¿Para qué he de exponerme—imaginó—cuando tan cerca acabo de ver a la muerte hace pocos minutos?... Recio vive, pero a la muerte, va sin duda. Los del cantón no podrán resistir mucho a las tropas del gobierno y Pedro es de los que le dan el pecho a las balas... ¿Ha de morir después?... Igual da que para el señorito Gonzalo y para el padre Amador haya muerto esta noche. Un cuento bien contado y a otra cosa.

Y Tomás, tras hacerse estas reflexiones, emprendió el camino en dirección contraria a la que seguían los sublevados y más tarde penetraba en la venta, donde Andrés pudo descubrirle casi al mismo tiempo que los criados de la marquesa.

El postillón fué el primero en interrogar a Tomás directamente.

—¿Qué tal te va con tu amo?

—¡Bien!

—Para mí que tienes dos en lugar de uno.

—¿Por qué?

—El duquesito y el padre Amador dicen que son uña y carne.

—Pues si lo dicen no he de ser yo quien lo niegue.

—Ayer se decía por Madrid que al señorito Gonzalo le habían "dao" "mulé" los de la República.

—Eso quisieron, pero logramos sacarle con vida, y aunque muy grave está, para mí que de esta no la entregá.

—A ver si cuando sane se le quita tanta afición a las faldas.

—¡Genio y figura!...

—¿Sigue todavía con aquel lío en que le ayudaba tu amo?

—¿Qué lío? ¿Acaso tú sabes?...

—¡Anda! En Madrid las noticias corren como centellas... Si escapa con vida dile al duquesito que no juegue con el fuego por si se quema.

—¿Por qué?

—Ese Pedro Recio encontrará una ocasión y...

Tomás dejó escapar una sonrisa fría, terrible, al escuchar aquellas palabras.

El postillón interrumpió la frase y quedó serio, interrogando con las pupilas quietas.

El cómplice del padre Amador pronunció, al fin, lentamente:

—¡A Pedro Recio, como no le busques en el otro mundo!

—¿Ha muerto?

—¡Lo han muerto, que no es lo mismo!

—¿Quién?

—Se dice el pecado, pero no el pecador...

Y tras unos instantes de significativo silencio, añadió Tomás:

—También yo estuve a punto de entregarla.

—¡Ah!, pero... Entonces... ¿Fuiste tú?

—¡Calla! Nosotros estamos para servir a quien nos manda y allá el amo con el remordimiento.

Andrés, que no había perdido una sola palabra de aquella declaración, alzose del asiento y avanzó hacia la mesa ocupada por los absolutistas. No imaginó que podrían asesinarle. La rabia ante aquella dolorosa noticia impulsábase a vengar la muerte de Pedro Recio, de la que ya no dudaba.

—Ahora puedo explicarme la extraña presencia en la venta de este sujeto. ¡Iba por la vida de Recio, a matarle traidoramente!... ¡Le juro que pagaré la traición con la suya!

Sin que los compañeros de Tomás pudieran evitarlo, lanzose Andrés sobre el espía y sujetándole por la garganta, le derribó después de un solo golpe.

El cómplice del padre Amador tan pronto chocó violentamente con el piso de tierra del mesón, alzó las pupilas y reconoció a su agresor. Advirtió que estaba perdido, que la mentira iba a costarle la vida a pesar de todas sus precauciones. Una densa palidez cubrió su rostro y pretendió escapar a rastras, pero Andrés, inclinándose rápido, lo impidió.

—¡Has de morir a mis manos, canalla!

—¡Es mentira! ¡Mentira!—aulló Tomás—. ¡Pedro Recio vive!

—¡El miedo te hace mentir! ¡Criminal y cobarde!

Andrés había conseguido de nuevo aprisionar entre sus manos, trémulas por la rabia, la garganta de Tomás, y éste estaba a punto de sucumbir asfixiado, cuando el valeroso obrero(tras recibir en el costado un tremendo puntapié, vióse rodando como un pelele por el suelo de la taberna.

III

EGOISMO OPORTUNO

¿Qué había sucedido? ¿Qué nuevo enemigo amenazaba a nuestro resuelto personaje?

No era enemigo precisamente el que le había derribado, sino muy al contrario. El posadero autor de la inesperada agresión, más que por humanidad, por alejar de su venta el hecho trágico, le había salvado la vida.

Cuando Andrés inclinóse sobre el derribado Tomás, ciñendo su garganta, el postillón, que consideraba de razón patriótica librar a su compañero en ideas absolutistas, requirió un ancho cuchillo que oculto llevaba en la cintura y alzando el brazo derecho dirigió el arma a la espalda de Andrés, que

sin la intervención oportuna del mesonero hubiese caído vilmente asesinado. El posadero detuvo en el aire el brazo homicida y mientras lo realizaba, sacudió sobre el cuerpo del obrero un puntapié brutal que haciéndole rodar a distancia alejó del radio de acción de sus enemigos.

El compañero de Pedro Recio, sin poder imaginar cuanto había sucedido, alzóse difícilmente y frente a él advirtió a los tres criados de la marquesa de Sierraplata. Sendos cuchillos aparecían empuñados por los absolutistas que avanzaban rápidos hacia su víctima. Tras ellos quedó Tomás parapetado. Era demasiado cobarde para exponerse a morir, no obstante llevar todas las ventajas.

—¡Habéis de reuniros tres para asesinarme!—exclamó el obrero, retrocediendo instintivamente.

—Así estaremos seguros—replicó el postillón—de que habrás encontrado el camino del infierno.

Andrés carecía de armas y el mesonero había desaparecido.

Rápido alzó un taburete en su mano derecha y con él comenzó, mientras retrocedía al fondo de la taberna a esquivar las rabiosas cuchilladas

Con maravillosa habilidad iba salvando todos los golpes homicidas. Comprendió que tenía descubiertas las espaldas y que tan pronto a uno de sus agresores se le ocurriera aprovechar aquella circunstancia quedaría cercado e irremisiblemente vencido.

Retrocedió entonces con más ligereza hasta llegar al fondo del mesón. Allí su cuerpo chocó con el muro que, al parecer, no era de piedra.

Tan rabiosa resultaba la acometida que del taburete ya destrozado que Andrés enarbolaba en su mano derecha, quedaba solamente una de las patas.

Pronto todos los esfuerzos del obrero serían inútiles. Las hojas aceradas de los cuchillos brillaban como centellas bajo la luz pálida del farol y Andrés veíalas cruzar como ráfagas de luz blanca y fría, rozando su pecho en terrible amenaza.

El cerco íbase estrechando por instantes y ya tenía nuestro personaje casi perdidas todas las esperanzas, cuando, súbitamente, abrióse el muro que le sostenía y que no era otra cosa que una puerta de comunicación y el cuerpo de Andrés desplomóse hacia el interior de una misteriosa estancia. La puerta habíase cerrado inmediatamente y los cuchillos del postillón y de sus compañeros claváronse rabiosos en la oscura madera.

En el pesado ambiente de la taberna resonaron algunas blasfemias y no pocas amenazas. Si el mesonero hubiese aparecido en aquellos momentos, el auxilio que había prestado al obrero, hubiese tenido para él trágicas consecuencias.

Tuvo buen cuidado de esconderse en lugar a propósito para espiar sin ser descubierto.

El postillón, enardecido, aseguró tras un juramento:

—Prenderemos fuego a la venta si es preciso, pero el idiota del posadero y su protegido han de caer en nuestras manos.

—No hacerlo por mí—pronunció Tomás, levemente.

—¿Por ti?... Ya hicimos bastante. Ahora somos nosotros los burlados y sabremos vengarnos.

Apenas habían sido pronunciadas estas palabras, cuando en el portal de la venta y vestido con raída sotana, apareció un viejecito con las manos cruzadas sobre el pecho y las pupilas inclinadas hacia la tierra.

Sorprendióse un poco al escuchar las amenazas que proferían los criados de la de Sierraplata, pero rehaciéndose con jesuítica voluntad, exclamó:

—¡Ave María Purísima!

El postillón giró el rostro y, nervioso al recibir tan inoportuna visita, interrogó despótico:

—¿Quién eres tú?

—¿No me conoces?

—Ni quiero. Habla, que no estamos para bromas.

—Soy el sacristán del convento de la Concepción y vengo a daros un recado de vuestra señora.

—¡Di!

—¡Que preparéis el coche para salir inmediatamente!

Los criados cruzaron una mirada de vacilación, pero Tomás, que había salido de su escondite, intervino:

—¡Debéis obedecer! ¡Que a los dos se los lleve el diablo!...

Y luego añadió, dirigiéndose al sacristán:

—Di a la señora marquesa que antes de diez minutos estaremos camino de Madrid.

Así se realizó. Pronto quedaron enganchados los caballos, quedando junto a los pesebres el único que era propiedad del posadero.

Tan pronto el vehículo estuvo listo para marchar, Tomás saltó al pescante, no sin haber antes cogido uno de los cuchillos abandonados por los agresores de Andrés.

—¡Quién sabe si podrá hacerme falta!...

IV

A TODA MARCHA

Poco después escuchábase la voz ronca del postillón animando a las ca-
ballerías y de lejos trajo el viento el sonido alegre de las campanillas agita-
das al galope de las fogosas bestias.

Entonces salió de su escondite el posadero.

Escuchó unos instantes para convencerse de que sus rabiosos clientes ha-
llábanse lejos y entonces, sonriendo socarronamente, volvió los ojos a la disi-
mulada puerta del calabozo de Andrés.

Este, a los pocos minutos de haberse desplomado tan insospechadamente,
y cuando pudo vencer el aturdimiento producido por el golpe, irguióse a me-
dias y logró, al fin, coordinar sus ideas.

Todo lo recordó exactamente y buscando aún, quizá no sin lógica, vió en
el posadero un nuevo cómplice de los enemigos de Recio.

—Si a Pedro lo ha muerto ese canalla—pensó—Carmen y mi madre deben
estar vendidas. Sólo quedo yo para protegerlas y han simulado el intento de
asesinato para hacerme caer en la trampa... ¡Maldita sea!... Romperé esta
puerta a puñetazos, derribaré esta endiablada taberna... ¡Ilusiones!... Por
desgracia para ellas y para mí esoy bien encerrado.

Tras esa reflexión no logró resignarse. Un nuevo acceso de terrible ner-
viosidad llegó a dominarle y entonces se acercó a la cerrada puerta y la gol-
peó rabiosamente con los puños.

En aquellos momento el posadero abandonaba su escondite y para recha-

zar alguna posible agresión del preso tomó una pistola y acercándose al calabozo dejó libre la salida.

Andrés, dominado por su nerviosidad, inentó caer sobre el mesonero, pero el cañón del arma le apuntaba al pecho y esta circunstancia le contuvo.

El mesonero, sonriendo, exclamó:

—¡Calma, muchacho! Lo esperaba y por eso me he preparado.

—No podía suponer que era usted cómplice de esos asesinos.

—¿Yo?...

—Los hechos...

—No demuestran otra cosa sino que para salvar el crédito de mi casa he procurado evitar la sangre.

—¡A! Entonces...

—Logré encerrarte por mi fortuna y ahora que ha pasado el peligro puedes tomar el camino que mejor te acomode.

—¿Hacia dónde ha marchado ese carruaje?

—A Madrid pero los cuatro caballos corren mucho para que tú puedas alcanzarlos.

Andrés tuvo una idea salvadora. Sus pupilas fueron hacia los pesebres y en ellos descubrió a la cabalgadura propiedad del posadero.

Este amartillaba todavía la pistola y era preciso confiarlo para lograr el propósito.

El obrero, fingiendo una repentina tranquilidad, salió lentamente del improvisado calabozo y a sentarse fué junto a una de las mesas destinadas a la parroquia. Luego pronunció:

—Siendo así le quedo agradecido.

—Ahora que te has salvado lo antes que puedas te vas y así me quedaré completamente tranquilo.

—Está bien, pero antes deseo descansar. Me duele todo el cuerpo y apenas podría dar un paso.

—Cama no puedo darte.

—Ni la quiero. Se trata solamente de algunos minutos de reposo. Tráigame un jarro de vino. Tengo tan seca la garganta que apenas puedo hablar.

El posadero, plenamente confiado cayó en el lazo. Guardóse la pistola y procedió a servir al obrero lo antes posible, a fin de perderle de vista sin tardanza.

Desapareció tras unos grandes toneles y Andrés aprovechó aquellos instantes para poner en práctica su propósito.

Se alzó rápido del taburete que ocupaba acercóse al pesebre y un segundo después saltaba sobre el lomo de la cabalgadura y espoleándola rabiamente salía de la taberna a galope tendido.

Tarde fué para evitarlo cuando el mesonero corrió al umbral de la posada. Descubrió al jinete que se alejaba con velocidad fantástica en demanda del vehículo que poco antes había salido del pueblo conduciendo a Tomás y a la marquesa.

Mientras esto sucedía Pedro Recio, a que Andrés consideraba asesinado, llegaba con sus compañeros de viaje al puerto de Valencia.

Sigilosamente ocupaban todos una pequeña embarcación y ésta, minutos más tarde, hacía rumbo a Cartagena, baluarte del Cantón murciano.

¿LE INTERESAN LOS LIBROS DE AVENTURAS Y VIAJES?

LEA LA INTERESANTE COLECCION TITULADA:

LA NOVELA INFANTIL

QUE SE COMPONE DE LOS SIGUIENTES TITULOS:

- ROB-BOY, EL ESCOCES INVENCIBLE.—17 cuad., a 10 cts. cuaderno.
EL HOMBRE DE LA MASCARA DE HIERRO.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
CORAZON DE LEON, EL REY AVENTURERO.—18 cuad., a 10 cts. cuaderno.
MONTBARTS, EL PIRATA JUSTICIERO.—29 cuad., a 10 cts. cuaderno.
DICK TURPIN, EL AUDAZ ENMASCARADO.—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.
TOM TYLER, EL REY DE LOS COW-BOYS.—21 cuad., a 10 cts. cuaderno.
MANO DE HIERRO, EL ESPADACHIN INVENCIBLE.—12 cuad., a 10 cts. cuaderno.
BUFFALO BILL, EL EXTERMINADOR.—30 cuad., a 10 cts. cuaderno.
RUGGIEKO, EL MISTERIOSO.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
KRAM, EL HIPNOTIZADOR.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
KEN MAYNARD, EL COW-BOY INVENCIBLE.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
BARBARROJA, LA FIERA DEL MAR.—15 cuad., a 10 cts. cuaderno.
SINMIEDO, LE DEMONIO DE LOS MARES.—50 cuad. a 10 cts. cuaderno.
LOS DEMONIOS DE LA SELVA.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
JIM BOY, EL TERROR DE LOS PIELS ROJAS.—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.
DRACK, EL REY DE LOS PIRATAS.—28 cuad., a 10 cts. cuaderno.
COLECCION DETECTIVESCA.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
LOS DRAMAS MISTERIOSOS.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
CORTACABEZAS, EL EXPLORADOR INVENCIBLE.—32 cuad., a 10 cts. cuaderno.
DE NORTE A SUR.—22 cuad., a 10 cts. cuaderno.
BILL NAVARRO, EL EXTERMINADOR DE LA PRADERA.—30 cuad. a 10 cts. cuaderno.
TOM MIX, EL COW-BOY INVENCIBLE.—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.
LAS GRANDES AVENTURAS.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
DIK, EL REY DE LA PRADERA.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
EL CORREO DE LYON, O UN INOCENTE GUILLOTINADO.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
AVENTURAS DEL CAPITAN RAYO.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
LOS CINCO INVENCIBLES.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
SANSON, EL PIRATA.—22 cuad., a 10 cts. cuaderno.
PUÑO DE ACERO, EL PEQUEÑO DETECTIVE.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
LA VIDA AVENTURERA.—12 cuad., a 10 cts. cuaderno.
MASCARA NEGRA, EL VENGADOR.—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.
BANDIDOS CELEBRES DE TODO EL MUNDO.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
JOSE MARIA, EL REY DE SIERRA MORENA.—24 cuad., a 10 cts. cuaderno.
EL TESORO DE LA ISLA DE FUEGO.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
LAS GRANDES AVENTURAS POR MAR.—14 cuad., a 10 cts. cuaderno.
BILL ROY, "El cow-boy justiciero", contra "OJO DE AGUILA", "El chacal de la pradera".—12 cuadernos, a 10 cts. cuaderno.
LOS CAMARADAS DE SATANAS.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
RAFFLES, EL REY DE LOS LADRONES DE FRAC.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
LAS CATACUMBAS DE LONDRES.—18 cuad., a 10 cts. cuaderno.
HENRY KRACK, EL TERROR DE LOS PIELS ROJAS.—4 cuad., a 15 cts. cuaderno.
BLANCOS Y PIELS ROJAS.—8 cuad., a 15 cts. cuaderno.
EL DUQUE FANTASMA.—4 cuad., a 15 cts. cuaderno.
BILL BULL, EL MAS CELEBRE DETECTIVE DEL MUNDO.—8 cuad. a 30 cts. cuaderno.
CINEMATOGRAFO DE AVENTURAS.—8 cuad. a 20 cts. cuaderno.
EL CAPITAN LUCIFER.—6 cuad., a 20 cts. cuaderno.
EL AVENTURERO MILLONARIO.—24 cuad., a 10 cts. cuaderno.

Dichas obras puede Vd adquirir las por mediación de nuestros corresponsales o pidiéndolas directamente a esta Editorial. El pago debe ser anticipado por giro postal o en sellos de franqueo.

Dirigir la correspondencia a las siguientes señas:

SR. D. JUAN BRUGUERA, EDITORIAL "EL GATO NEGRO"

MORA DE EBRO, 141

BARCELONA